

APRENDER DE LO VIVIDO

Discurso de Marcia Scantlebury, presidenta del Directorio del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, en el acto aniversario del Museo.

11 de enero 2023

“No podemos cambiar nuestro pasado. Solo nos queda aprender de lo vivido. Esa es nuestra oportunidad y nuestro desafío” afirmó en diciembre del 2008 la Presidenta Michelle Bachelet al poner la primera piedra del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

El 11 de enero del 2010, en una ceremonia cargada de emoción, con una explanada llena de rostros conocidos en el mundo de los derechos humanos, personalidades extranjeras y representantes del mundo de la cultura, la Presidenta Bachelet, acompañada de sus tres antecesores, Patricio Aylwin, Eduardo Frei y Ricardo Lagos, inauguró uno de los proyectos más audaces y emblemáticos de su administración.

La construcción del Museo remeció a nuestra sociedad aún marcada por el discurso único del régimen militar y por la negación de la evidencia e invitó a la ciudadanía a una profunda reflexión sobre las consecuencias de la intolerancia y la ruptura democrática.

Su contenido dejó al descubierto lo que por muchos años había permanecido oculto y desató un agitado debate. Sin embargo, hoy en Chile la mayoría reconoce que en el país se violaron los derechos humanos y rechaza lo ocurrido.

Por los pasillos de este edificio transparente circulan diariamente cientos de escolares, estudiantes de universidades chilenas y extranjeras, hombres, mujeres y personas mayores y ministros europeos. Se detienen frente a las fotografías, leen los recortes de prensa, observan las artesanías carcelarias, los afiches de solidaridad de distintos países del mundo, los diarios de trinchera y resistencia y se emocionan frente a los testimonios de las víctimas.

Entre los años 2016 y 2018, años de prepandemia y estallido, este edificio recibió más de 631 mil personas.

Primeros pasos

Levantar el Museo no fue fácil, pero Bachelet llevó adelante este proyecto bicentenario contra viento y marea. Sentía que era fundamental para transparentar las situaciones

dolorosas vividas por nuestro país en el pasado reciente, reflexionar sobre ellas y crear entre todos, las condiciones para que lo sucedido no se repita “nunca más”.

El pasado vinculado a guerras o dictaduras suele detonar polémicas entre las distintas miradas sobre la historia. Entonces, inevitablemente, la memoria se constituye en territorio de disputa cultural y política. Sin embargo, a diferencia de quienes sostenían la conveniencia de dar vuelta la página en beneficio de una hipotética reconciliación nacional, la Mandataria estimó que la imposibilidad de establecer una mirada única, no era pretexto para dar la espalda a lo ocurrido.

A su juicio, el verdadero desafío era enfrentar un pasado que diera cuenta de las violaciones sistemáticas de los derechos humanos por parte del Estado entre los años 1973 y 1990, sacar lecciones y construir futuro. Solo así se le daría visibilidad identidad y dignidad a las víctimas, a quienes los agentes del Estado negaron su calidad de seres humanos y su identidad mediante la tortura, las ejecuciones sumarias y desapariciones.

Porque la exclusión y la negación fueron el eje de la política represiva de la dictadura y la desaparición forzada de detenidos, su símbolo extremo. Y, aunque sabemos que es imposible reparar lo irreparable, el desafío que enfrentaba nuestro país era generar condiciones que permitiesen que los que fueron atropellados y excluidos recuperasen su dignidad. De allí que se persiguió reforzar su presencia y la de los desaparecidos en la sociedad y disponer que, por ejemplo, en la Nube, ubicada en el punto central del Museo se expusiesen sus rostros, nombres e historias.

Ellos, junto a miles de chilenos y chilenas fueron perseguidos, despedidos de sus trabajos, exiliados, privados de libertad, torturados, durante el gobierno de Augusto Pinochet. Todo ello quedó establecido en como verdad histórica en el trabajo realizado por las Comisiones Rettig y Valech (1990-2005).

Bajo el alero de la Comisión Asesora Presidencial para los Derechos Humanos presidida por María Luisa Sepúlveda, asistente social de vasta trayectoria en la defensa de estos derechos y responsable de la Comisión Valech, se inició la construcción del Museo. Cuando ella me advirtió que la Presidenta Bachelet me llamaría para encargarme la materialización de este proyecto y luego acudí a la cita, me temblaban las piernas. Por cierto que acepté emocionada e iniciamos el trabajo destinado a hacer realidad este apasionante desafío.

El Ministerio de Bienes Nacionales asignó el terreno y, para determinar el diseño arquitectónico, se llamó a un concurso público. El ganador fue un grupo de arquitectos brasileños liderado por Mario Figueroa y la supervisión de este trabajo estuvo a cargo de la Dirección de Arquitectura del MOP presidida entonces por Verónica Serrano.

María Luisa me encargó la misión de visitar museos y memoriales en países como Suiza, Sudafrica, Alemania o Estados Unidos. Y, por otra parte, el carácter nacional del proyecto

fue otro de los lineamientos presidenciales. Recorrimos el país junto a Carmen Garretón informando a las autoridades y agrupaciones de derechos humanos sobre el proyecto y recogiendo historias y donaciones. Y ya en el 2019 el Museo había llevado nuestra muestra itinerante a todas las regiones del país. En la actualidad nos preparamos para trasladarla a otros países del mundo.

Simultáneamente realizamos estudios y encuestas en todo Chile, preguntando que les gustaría ver en un Museo de la Memoria y cuáles eran sus aprehensiones. No hubo mayor oposición, pero muchos encuestados expresaron su temor de que este proyecto dividiese a la familia y al país.

El cómo

Las organizaciones de derechos humanos y sobrevivientes de los centros de detención ya habían abierto un camino de búsqueda de verdad y justicia construyendo memoriales e instalando cruces como una forma de rendir homenaje a sus seres queridos. Desde entonces los memoriales se convirtieron en espacios de reparación y de encuentro que nos hablaban de un pacto para no olvidar.

Sin embargo, a diferencia de los que se sitúan en espacios físicos donde tuvieron lugar las prácticas represivas, como Londres 38 o Villa Grimaldi, donde la materialidad habla por sí misma y conmueve al visitante que se enfrenta con la presencia inmanente del pasado, la construcción de nuestro museo se enfrentaba a otro desafío: ¿de qué manera narrar y representar lo sucedido?

Optamos por entregar al público elementos que instan a los visitantes a reflexionar, a sacar sus propias conclusiones y aportar a la construcción de la memoria colectiva llamando a cada chileno a reconocerse como parte involucrada en la tragedia ocurrida.

Con esto se daba respuesta a la histórica demanda de las organizaciones de familiares de víctimas y de organismos de defensa de los derechos humanos que por años recopilaron un material valioso que incluía recortes, fotografías, cartas, folios de procesos, elementos de tortura, sentencias y objetos que envejecían en las sedes de los organismos de derechos humanos.

Algunos acentúan el espíritu de lucha de los prisioneros y otros, su vida cotidiana, formas de resistir, esperanzas, miedos y gestos solidarios.

En la actualidad los más de mil fondos del Museo incluyen colecciones celosamente custodiadas, son de acceso público y se utilizan incluso en procesos judiciales e investigaciones periodísticas.

Se decidió también emplear mucha cultura y tecnología audiovisual, lenguaje que apunta a capturar el interés de los jóvenes. Esto respondió a la certeza de que más de la mitad de la población de nuestro país no había nacido cuando sucedieron los hechos presentados en la muestra estable.

La idea es que el Museo operase como un puente entre el pasado y el presente y convocar a las nuevas generaciones con muestras de cine, obras de teatro o lecturas de poesía. Hoy la Plaza de la Memoria, en el exterior del Museo es permanente escenario de conciertos y masivas manifestaciones culturales.

La Educación ha sido también una tarea importante para capturar el interés de las nuevas generaciones. Hoy en el auditorio y las aulas educativas se discute sobre nuevos derechos que aluden a la situación de los pueblos originarios, el miedo a la diversidad y las condiciones de vida de los inmigrantes en nuestro país, la propiedad privada del agua, el matonaje en los colegios o la violencia doméstica.

Se asiste a cursos para colegios y funcionarios de las fuerzas armadas y a debates sobre los derechos que se siguen conculcando en el mundo o en Chile. Es necesario recalcar que nuestra línea feminista trabaja intensamente en actualizar los importantes roles que hoy le caben a las mujeres y a las diversidades sexuales en nuestra sociedad.

Tener un Museo inclusivo había sido otro de los lineamientos presidenciales. La muestra no solo debía interpelar a las víctimas, sobrevivientes, familiares, abogados, luchadores por los DDHH, sino que al conjunto y diversidad de la sociedad chilena.

Para dirigir los lineamientos estratégicos de la institución María Luisa Sepúlveda y María Eugenia Rojas, presidenta de Casa de Memoria, crearon una fundación constituida por un directorio paritario y pluralista de 14 personas. Parte de este directorio se ha renovado a fines del año pasado incorporando integrantes más jóvenes y especializados en temas contingentes. Luego se designó como Directora Ejecutiva a Rommy Schmidt a la cual sucedieron en estos años Ricardo Brodsky, Francisco Estévez y la recién nombrada María Fernanda García.

Los años transcurridos han tenido de dulce y agraz pero estamos convencidos de que hoy la ciudadanía valora nuestro aporte. Especialmente los jóvenes que, por ejemplo, con ocasión del intento de eliminar el presupuesto producida este año formaron parte activa de la resistencia a esta decisión marcando presencia en el Museo y recolectando innumerables firmas de protesta en Las redes sociales.

Otro antecedente había tenido lugar el 9 de agosto de 2018 cuando el Presidente Piñera designó como Ministro de las Culturas al economista Mauricio Rojas. En su libro, Diálogo de Conversos, este había escrito a propósito del Museo: “Se trata de un montaje cuyo propósito que, sin duda, logra, es impactar al espectador, dejarlo atónito, impedirle

razonar. Es un uso desvergonzado y mentiroso de una tragedia nacional que a tantos nos tocó tan dura y directamente”.

La frase fue recogida por la prensa, y el mundo de la cultura y los derechos humanos solidarizó con nuestra institución y se opuso a su designación. El 15 de agosto en una manifestación organizada por agrupaciones de derechos humanos, ciudadanos y artistas en la explanada no había un alfiler. Y fue tal la presión que Rojas renunció a los dos días.

En nuestro país no es el momento de olvidar y consideramos a este lugar una representación importante no solo del pasado, sino del presente.

En estos días nos hemos enterado con preocupación de una encuesta CEP que muestra alarmantes índices sobre la desvalorización de la democracia. Y este año en que se cumplen 50 años del golpe de Estado, estamos conscientes de la importancia de que el Museo cumpla su rol al exhibir las nefastas consecuencias del quiebre democrático.

También esperamos de servir de puente entre la generación de los protagonistas de la historia dramática vivida en nuestro país entre el 73 y el 90 y una generación joven que hoy enfrenta en el gobierno el difícil desafío de remediar la desigualdad y despejar la incertidumbre y la violencia que azotan a Chile y el mundo.

Sin embargo estoy convencida de que los chilenos nos haremos cargo de nuestro pasado para construir un futuro sustentado en la valoración de la democracia y el respeto a los derechos y la dignidad de cada persona que habita en esa tierra.